

Domingo 22 junio 2008

El Evangelio de Hoy

Mt 10,26-33

Principio de la sabiduría es el temor del Señor

En el Evangelio de este domingo llama inmediatamente la atención la repetición del concepto del «temor». El «temor» suele distinguirse del simple «miedo». En el episodio de la tempestad en el lago, los discípulos, aterrados por la fuerza de las olas, despiertan a Jesús que dormía apaciblemente; entonces, él calma la tormenta, pero les reprocha: «¿Por qué están con tanto miedo?». Y después que vino sobre el lago la calma y ya no había motivo para el miedo, el Evangelio concluye: «Ellos se llenaron de gran temor y se decían unos a otros: "Pues ¿quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?"» (Mc 4,40-41). Ya no tienen miedo (deilía), pero, en cambio, tienen gran temor (phobos).

En el Evangelio de hoy tres veces exhorta Jesús a sus discípulos a deponer el temor (siempre con el verbo griego «phobeo»): «No les teman (a los que quieran silenciar el Evangelio)... no teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma... No teman, pues ustedes valen más que muchos pajarillos (a quienes Dios cuida uno por uno)...». Son tres expresiones negativas que nos enseñan que el temor no debe invadirnos ante ningún ser humano, por muy poderoso que sea («los llevarán ante gobernadores y reyes», les había dicho Jesús). Pero, en realidad, esas expresiones negativas sirven de resonancia para el único uso positivo del verbo: «Teman más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en el infierno». Más explícito es el evangelista Lucas en el lugar paralelo: «Les digo a ustedes, amigos míos: No teman a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más. Les mostraré a quién deben temer: teman a Aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar al infierno; sí, les repito: teman a Ése» (Lc 12,4-5). Obviamente se refiere a Dios. Jesús inculca claramente el temor de Dios.

Nuestro tiempo, sin embargo, tiene problemas con este concepto y cada vez que se menciona surge la necesidad de mitigarlo de diversas maneras, sobre todo, explicando: «no se trata del temor, sino del amor a Dios». Ciertamente la virtud suprema es el amor. Pero el amor a Dios incluye el temor de Dios, dado que Dios es infinitamente superior al ser humano. Comprender esto es fuente de sabiduría, como lo afirma la Es-

critura como una especie de axioma: «Principio de la sabiduría es el temor del Señor» (Prov 1,7; Sir 1,18; passim).

No mitiga este concepto la Virgen María en el Magnificat: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador... su misericordia alcanza de generación en generación a los que lo temen». Como buena conocedora de la Escritura, la Virgen María está citando el Salmo 103. La prestigiosa Biblia de Jerusalén, en su edición del año 1998, claramente separandose del texto original hebreo para seguir la moda, traduce ese Salmo evitando el concepto de temor del Señor: «El amor de Yahveh es eterno con todos los que le son adeptos» (Sal 103,17). Tampoco se entiende por qué evita el término «misericordia del Señor». Más arriba en el mismo Salmo se lee: «Como un padre se encariña con sus hijos, así de tierno es Yahveh con sus adeptos» (Sal 103,13). Ser «adepto del Señor» no es lo mismo que «temer al Señor». El Señor es tierno con los que lo temen. Jesús recomienda claramente conservar el «temor de Dios». Nuestro tiempo tal vez revela poca sabiduría, que se manifiesta en su ingenua confianza en los bienes materiales y en los placeres de este mundo, precisamente porque está muy perdido el temor de Dios.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles